

EL MONSTRUO MORAL Y OTRAS CRIATURAS DE LA ZOOLOGÍA DEL HORROR

THE MORAL MONSTER AND OTHER CREATURES OF THE HORROR ZOOLOGY

Domingo Fernández Agis
Universidad de La Laguna

Resumen: *Más allá de la crónica periodística, vamos a intentar profundizar con cautela en este artículo en el asunto de la monstruosidad. El catálogo de individuos considerados como monstruos es muy heterogéneo. Por ello encontramos en él seres cuyo comportamiento suscita un rechazo ético sin paliativos, junto a otros cuya monstruosidad parece cuestionable, tras someter su comportamiento a un análisis independiente de prejuicios éticamente difíciles de justificar o de intereses inconcesables. Se plantea en este artículo que, en la reflexión sobre el asunto que constituye su objeto, puede ayudarnos el trabajo de Michel Foucault, un pensador que analizó con cuidado este problema, mostrando sus múltiples perfiles, sus contradicciones y ambigüedades.*

Palabras clave: *Monstruo, moral, orden, divergencia, Foucault.*

Abstract: *Beyond the newspaper story, we will try to delve in this article into the topic of the monstrosity. The list of individuals considered as monsters is very heterogeneous. We find in it beings whose behavior raises ethical unmitigated rejection, along with others whose monstrosity seems questionable, after subjecting their behavior to an analysis independent of ethically difficult to justify prejudices or shameful interests. I propose in this paper that the work of Michel Foucault may be useful regarding this topic, since he is a thinker who carefully analyzed this issue, showing its multiple profiles, contradictions and ambiguities.*

Key words: *Monster, moral, order, divergence, Foucault.*

La noticia de la muerte del General Manuel Contreras, responsable de la temible policía política de Pinochet durante los peores años de la represión en Chile me ha llevado a pensar de nuevo en un asunto por el que siempre me había sentido atraído: la figura del monstruo moral. Lo primero que constatamos al hacerlo es que hay diferentes formas de monstruosidad, que abarcan un arco pleno de posibilidades, que va desde la anormalidad o deformidad física hasta la anormalidad o deformidad moral. Con toda justicia puede, pues, considerarse a Contreras un monstruo. El autor de la nota biográfica que leo en el periódico nos dice que éste falleció sin conocer la turbación producida por los cargos de conciencia, ya que no se sentía en absoluto culpable por ser el responsable de la tortura y asesinato de miles de personas, durante los años más duros de la represión con la que se inició la dictadura de Pinochet en Chile. A Contreras han venido a unirse, este tórrido verano, otros seres merecedores de formar parte de la borgiana historia universal de la infamia: un padre que asesina a sus dos hijas, decapitándolas con una sierra mecánica que compró el día anterior, mientras bromeaba con el dependiente de la ferretería que se la vendió; una madre que arroja a su hija recién nacida a un contenedor de basura; un padre que abusa sexualmente de sus tres hijos e intenta asesinar a su esposa, unos islamistas que decapitan en Palmira al arqueólogo de 82 años que estuvo hasta su jubilación cuidando del yacimiento, por considerar que se ocupaba de estudiar y cuidar objetos creados por ídólatras, y un terrible etcétera que ha hecho arder los periódicos durante estos meses estivales.

No obstante, más allá de la crónica periodística, que con tanta rotundidad nos ofrece cotidianamente su ramillete diario de certezas, vamos a intentar profundizar ahora con cautela en este asunto. En efecto, el catálogo de individuos considerados como monstruos es muy heterogéneo. Por ello encontramos en él seres cuyo comportamiento suscita un rechazo ético sin paliativos, junto a otros cuya *monstruosidad* nos parece mucho más cuestionable, tras someter su comportamiento a un análisis menos dependiente de ciertos prejuicios éticamente difíciles de justificar o de intereses inconfesables. En todo caso, en la reflexión sobre la monstruosidad puede ayudarnos un pensador que analizó con cuidado este problema, mostrando sus múltiples perfiles, sus contradicciones y ambigüedades. Se trata de Michel Foucault. Él nos ofrecerá el hilo conductor adecuado para adentrarnos en un laberinto del que no es fácil salir, pues incorpora numerosas falsas salidas y no posee ninguna verdadera vía de escape. En efecto, ninguna salida de este infierno permite seguir avanzando sin volver, al menos por una vez, la vista atrás.

La época en que el monstruo era una atracción de feria o un ser recluso a perpetuidad en un espacio artificial que lo escondía de la mirada pública parece haber terminado. Hay que ser piadosos con el monstruo, éste es el mensaje que se repite ahora sin cesar. Sin embargo, frente al *monstruo* hoy se nos reclama una piedad que, por diversas razones, acaba siendo también confinadora y destructiva para el individuo que es censado como tal.

¿Cómo definiríamos hoy la monstruosidad? Pues bien, el monstruo es el ser ajeno a las simetrías físicas y morales, un sujeto en el que domina el desorden y la desmesura, aquel que no puede ser acotado ni permanecer en el interior de un espacio definido por las marcas de lo normal, pues la existencia le ha colocado fuera de toda posibilidad de normalización. Se nos pide una actitud piadosa ante él, pero esa petición viene del lugar desde el que se le ha configurado como ser monstruoso y se le ha estigmatizado. En consecuencia, es una piedad engañosa, pues exige que el monstruo se muestre de una forma peculiar: tiene que hacerse consciente de su *monstruosidad* y solicitar el perdón colectivo por ser lo que es, si aspira a ser piadosamente tolerado en el territorio donde imperan el orden y la simetría, allí donde existe una armonía que se funda en una singular violencia contenida.

LA GENEALOGÍA DEL MONSTRUO MODERNO

Para Foucault, en el período de la Ilustración se establece una dialéctica peculiar entre el fósil y el monstruo. Según lo interpreta él, “sobre el fondo del continuo, el monstruo cuenta, como en una caricatura, la génesis de las diferencias, y el fósil recuerda, en la incertidumbre de sus semejanzas, los primeros intentos obstinados de identidad”¹. En la brillante prosa foucaultiana, eso es tanto como decir que el fósil nos pone en contacto, por la reiteración de su forma, con una morfología singular y al mismo tiempo común. Frente a esto, el monstruo representaría la obstinada e irreductible diferencia.

En efecto, el monstruo está marcado por la diferencia, estigmatizado por poseerla en una de sus formas radicales y ser expresión elocuente de la misma. El monstruo, de igual manera, señala el punto en que emerge la diferencia. Por tanto marca la diferencia y es marcado por ella.

Pero, ¿cuál es, en realidad, el lugar reservado para el monstruo en el contexto del saber filosófico? Ese lugar es el territorio de la heterogeneidad absoluta, al que la filosofía siempre ha tenido vocación de acercarse. Tanto es así que, en algunos momentos, el propio filósofo ha sido percibido y marginado en la sociedad al ser considerado un ser monstruoso. De esta forma, para el filósofo, pensar el monstruo ha coincidido, en tales casos, con pensarse a sí mismo. Ese pensar ha de acompañarse y cotejarse con la reflexión sobre las características de un presente histórico en el que el filósofo no encaja. Recordemos, a modo de ejemplo, que ésta es una experiencia que han comentado numerosos espectadores, cuando aún los filósofos eran invitados a aparecer en las emisiones de televisión. En efecto, no encaja el filósofo en un medio en el que hay que responder con la brevedad, rapidez y contundencia con la que ha de hacerlo un buen jugador de Trivial Pursuit. En cierta manera, el filósofo es el monstruo intelectual de los *mass-media* contemporáneos. Otros monstruos, por ejemplo, los autores de los crímenes más abominables, lo muestran

¹ Michel FOUCAULT, *Les mots et les choses*, Paris, Gallimard, 1966, p. 157.

todo con su mirada, desafiante o atolondrada, con sus elocuentes movimientos al ser conducidos desde el coche celular al Palacio de Justicia. Frente a esa elocuencia del asesino, el silencio del filósofo ante lo inmediato resulta insoportable y es percibido como un signo inequívoco de su monstruosidad.

No lejos del sentido de estas apreciaciones, señala Foucault que “diagnosticar el presente, decir qué es el presente, señalar en qué nuestro presente es absolutamente diferente de todo lo que él no es, es decir, de nuestro pasado, tal puede ser la tarea que le ha sido asignada hoy a la filosofía”². En todo caso, la filosofía da testimonio de la diferencia, intenta comprenderla y comprenderse en la diferencia. Por ese motivo, la filosofía tiene que hacer del monstruo uno de sus objetos de estudio privilegiados. Pensar la actualidad, diagnosticar el presente, nos conduce de forma irremediable a enzarzarnos en el análisis de la dialéctica que se ha establecido entre lo normal y lo patológico³.

EL CUERPO DÓCIL Y EL CUERPO INADAPTADO

Cuando se habla de los procedimientos disciplinarios, a través de los cuales se configura el cuerpo adaptado y se delimitan los contornos y movimientos del cuerpo monstruoso, siempre pensamos en grandes recursos coercitivos. Sin embargo, Foucault nos ha enseñado que es sobre la intensidad y sistematicidad del empleo de ciertos instrumentos sobre lo que descansa su eficacia. En su opinión, “no son ya juegos de representación que se refuerzan y se hacen circular, sino formas de coerción, esquemas de coacción aplicados y repetidos”⁴. A este respecto, Foucault pone el acento en la utilización de todo un conjunto de recursos que tienen como finalidad modelar la conducta y aun el cuerpo de los individuos. Se trata de “horarios, empleos de tiempo, movimientos obligatorios, actividades regulares, meditación solitaria, trabajo en común, silencio, aplicación, respeto, buenas costumbres”. Y concluye que, en última instancia, lo que se pretende reconstruir, “no es tanto el sujeto de derecho”, sino “el sujeto obediente, el individuo sometido a hábitos, a reglas, a órdenes, a una autoridad que se ejerce en torno suyo y sobre él, y que debe dejar funcionar automáticamente en él”⁵. De este modo, la vigilancia es la condición inexcusable para el conocimiento que una forma de poder llega a tener sobre los que están sujetos a ella. Por añadidura, saberse vigilado es requisito indispensable de la eficacia en las tareas de configuración del cuerpo y control sobre el comportamiento de los individuos.

² Michel FOUCAULT, “Foucault responde a Sartre”, en Michel FOUCAULT, *Saber y verdad*, Madrid, La Piqueta, 1985, p. 42.

³ Daniel DEFERT, “Volontà di verità e pratica militante in Michel Foucault. Entrevista a Daniel Defert”, en *Materiali Foucaultiani* 2 (2012), p. 146.

⁴ Michel FOUCAULT, *Vigilar y castigar*, Madrid, Siglo XXI, 1978, p. 134.

⁵ *Ibid.*

Como es bien sabido, el modelo ideal de vigilancia y control lo encontramos en esa configuración, en principio tan sólo arquitectónica y, por tanto, configuradora de un espacio habitable, que Jeremy Bentham denominó *Panóptico*. Con respecto a sus características, Foucault interpreta que, en lugar de concebirlo como un edificio soñado por una imaginación delirante, ha de entenderse como “el diagrama de un mecanismo de poder referido a su forma ideal”⁶. Este artefacto tenía como finalidad asegurar, a través de la vigilancia y el control ejercidos sobre la conducta de los individuos, su transformación. El objetivo de ésta era hacer que su conducta se alejase de toda actitud antisocial y se configurase como consecuente expresión de la norma. El individuo “es también una realidad fabricada por esa tecnología específica del poder que se llama ‘disciplina’ (...) de hecho el poder produce realidad; produce ámbitos de objetos y rituales de verdad. El individuo y el conocimiento que de él se puede obtener corresponden a esta producción”⁷. Cuando esa configuración resulta ineficaz, pueden producirse distintas formas de inadaptación. La más radical de todas ellas es la que se tipifica en cada contexto social como *conducta criminal*.

No obstante, Foucault explica que “el objeto ‘crimen’, aquello sobre lo que se ejerce la práctica penal, ha sido profundamente modificado: la calidad, el carácter, la sustancia en cierto modo de que está hecha la información, más que su definición formal. La relativa estabilidad de la ley ha cobijado todo un juego de sutiles y rápidos relevos. Bajo el nombre de crímenes y delitos, se siguen juzgando efectivamente objetos jurídicos definidos por el Código, pero se juzgan a la vez pasiones, instintos, anomalías, achaques, inadaptaciones, efectos de medio o de herencia; se castigan las agresiones, pero a través de ellas las agresividades; las violaciones, pero, a la vez, las perversiones”⁸. Se tratará además de determinar con la mayor nitidez posible un elemento crucial: hasta qué punto está implicada en ellos “la voluntad del sujeto”⁹. Es decir, se pretende establecer la implicación consciente y determinada del sujeto en el acto delictivo que ha cometido. Todo ello con el objetivo de establecer su responsabilidad en relación al mismo. Por lo que respecta a la definición del monstruo moral, este aspecto es determinante pues, en este caso concreto, el *monstruo* realiza el mal a sabiendas e incluso se recrea en él. El mal da sentido a su vida y la hace placentera, en la misma medida en que la transforma en algo odioso, perturbador y doloroso para los sujetos pasivos de su determinación criminal. El monstruo moral, de una u otra forma, siempre acaba haciendo ostentación del poder que puede ejercer sobre sus víctimas.

⁶ *Ibíd.*, p. 208.

⁷ *Ibíd.*, p. 198.

⁸ *Ibíd.*, p. 25.

⁹ *Ibíd.*

Las relaciones de poder “no son unívocas; definen puntos innumerables de enfrentamiento, focos de inestabilidad cada uno de los cuales comporta sus riesgos de conflicto, de luchas y de inversión por lo menos transitoria de las relaciones de fuerzas”¹⁰. Para Foucault si esos micropoderes se vienen abajo, no es siguiendo una lógica revolucionaria que subvertiría el orden social de arriba abajo. En su opinión, la lógica de estos cambios no responde a la ley del todo o nada. El funcionamiento de tales micropoderes depende de la eficiencia de una estructura reticular y a esa misma lógica responden sus efectos de permanencia o aniquilación.

La reticularidad fortalece la acción del poder, haciéndola más fluida y eficiente, pero también lo hace vulnerable ante la existencia de individuos que pueden realizar acciones con gran potencial destructivo desde los nodulos de la red, allí donde sus repercusiones pueden convertirse en catastróficas. De ahí, por ejemplo, la diferente repercusión social que tiene la acción del pederasta, ejemplo paradigmático de monstruo moral, cuando se vale de su posición personal en el interior de una institución para cometer sus horribles acciones. Podríamos decir que el efecto demoledor de sus actos se incrementa de forma proporcional, en la medida de su posición de poder en el tejido institucional de la organización a la que pertenece. El conocimiento y el poder que ese tipo de monstruo moral puede poner en juego, en función de su posicionamiento individual en un punto nodular de una institución, incrementan las posibilidades que tiene de manipular, utilizar y destruir a otras personas. En todo caso, en líneas generales, ha de tenerse presente que existe una estrecha relación entre el mantenimiento del poder y la producción de saber, puesto que se produce de forma necesaria una implicación directa entre uno y otro extremo de la relación. En definitiva, “no existe relación de poder sin constitución correlativa de un campo de saber”¹¹. A su vez, el saber es requisito necesario para el efectivo ejercicio del control social.

En otros términos, Foucault nos hace ver que, más allá del perjuicio de orden material que pueda producir, “el daño que hace un crimen al cuerpo social es el desorden que introduce en él”¹². Ese desorden puede ser fruto de una espontaneidad destructiva, aunque puede suceder también que responda a un premeditado ejercicio de contrapoder. Frente a él se yergue el poder delimitado a través de su capacidad de imponer una gran variedad de sanciones y castigos. Aun así, señala el pensador francés que, “en su función, este poder de castigar no es esencialmente diferente del de curar o de educar. Recibe de ellos, y de su misión menor y menuda, una garantía desde abajo; pero no es menos importante, ya que se trata de la técnica de la racionalidad”¹³.

¹⁰ *Ibíd.*, p. 34.

¹¹ *Ibíd.*

¹² *Ibíd.*, p. 97.

¹³ *Ibíd.*, p. 309.

El orden exige cuerpos dóciles, correlato material necesario de las tecnologías eficientes en la regulación de ritmos y movimientos¹⁴. En ese sentido, Foucault considera que “el cuerpo sólo se convierte en fuerza útil cuando es a la vez cuerpo productivo y cuerpo sometido”¹⁵. Así pues, el cuerpo debe asentir a las técnicas disciplinarias, sin resistirse a su naturaleza coercitiva. El monstruo, a veces, se configura a partir del no asentimiento, de la ausencia de docilidad. En su opinión, podemos hablar “de la formación de una sociedad disciplinaria en este movimiento que va de las disciplinas cerradas, especie de ‘cuarentena’ social, hasta el mecanismo indefinidamente generalizable del ‘panoptismo’”¹⁶. Pero, para él, esto no significa que la forma disciplinaria de ejercer el poder haya dejado obsoletas a las demás y las haya marginalizado. Antes al contrario, en su opinión, se ha infiltrado en todas ellas, modificando sus pautas de funcionamiento, “sirviéndoles de intermediario, ligándolas entre sí, prolongándolas y, sobre todo, permitiendo conducir los efectos de poder hasta los elementos más sutiles y más lejanos”. En todo caso, su efecto más relevante ha sido garantizar “una distribución infinitesimal de las relaciones de poder”¹⁷. A través de estas transformaciones se ha ido definiendo “todo un tipo de sociedad”¹⁸. En efecto, el objetivo de orden superior que tiene la aplicación de los procedimientos disciplinarios es, más allá de la sumisión productiva de los individuos, su configuración misma como individualidades productoras y perpetuadoras del orden social.

Sin embargo, “en un régimen disciplinario, la individualización es ‘descendente’: a medida que el poder se vuelve más anónimo y más funcional, aquellos sobre los que se ejerce tienden a estar más fuertemente individualizados: y por vigilancias más que por ceremonias, por observaciones más que por relatos conmemorativos, por medidas comparativas que tienen la ‘norma’ por referencia”¹⁹. En el extremo opuesto se situarían quienes, pretendiéndolo o no, son singularmente ajenos a ese sometimiento individualizador. Para Foucault, “se trata en cierto modo de una microfísica del poder que los aparatos y las instituciones ponen en juego, pero cuyo campo de validez se sitúa en cierto modo entre esos grandes funcionamientos y los propios cuerpos con su materialidad y sus fuerzas”²⁰.

Parece que una de las preguntas que con más persistencia se ha hecho a sí mismo el poder establecido ha sido la siguiente: ¿cómo castigar a esos seres *monstruosos* e insumisos? No obstante, en su constante evolución, “el castigo ha pasado de un arte de las sensaciones insoportables a una economía de los

¹⁴ Philippe SABOT, “Linguaggio, società, corpo. Utopie ed eterotopie in Michel Foucault”, en *Materiali Foucaultiani* 1 (2012), p. 25.

¹⁵ Michel FOUCAULT, *Vigilar y castigar*, p. 33.

¹⁶ *Ibid.*, p. 219.

¹⁷ *Ibid.*

¹⁸ *Ibid.*

¹⁹ *Ibid.*, p. 197.

²⁰ *Ibid.*, p. 33.

derechos suspendidos²¹, tal como lo expresa Foucault, utilizando para ello una fórmula elocuente donde las haya.

En el ejercicio de poder que supone juzgar apreciamos cambios de una gran repercusión. El poder adquirido por todo un conjunto de terapeutas sociales se ha incrementado de forma paulatina desde hace más de un siglo. Por eso pone de relieve Foucault que “el juez en nuestros días hace algo muy distinto de ‘juzgar’. Y no es el único que juzga²². En efecto, su principal objetivo no es ya tanto el castigo en sí sino el marcaje, de ciertos individuos y determinadas zonas, como peligrosos. Se trata de estudiar y singularizar los riesgos. El juez no es ya un “experto en responsabilidad, sino [un] consejero en castigo; a él le toca decir si el sujeto es ‘peligroso’, de qué manera protegerse de él, cómo intervenir para modificarlo, y si es preferible tratar de reprimir o de curar²³.”

En última instancia, el cuerpo dócil no es atractivo para el poder solamente por su docilidad. Ésta tiene objetivos determinados, que condicionan los singulares modelos de relación con el propio cuerpo que se van imponiendo en la sociedad. Por ello acierta Foucault al hacernos ver que “queda por estudiar de qué cuerpo tiene necesidad la sociedad actual²⁴. Asimismo, hemos de indagar en cada momento cuáles son los recursos y estrategias de configuración que se ponen en marcha²⁵.”

Un ejemplo llamativo es el manejo de las sustancias que se consideran *drogas* o *sustancias estupefacientes* en una sociedad determinada, así como el uso de otras que no tienen menores efectos sobre la condición física del individuo, sus experiencias mentales y su conducta, pero que son consideradas como *medicamentos*. A ese respecto, Foucault ha sido uno de los pensadores que con más fuerza ha criticado la pertinencia de tal frontera y su sentido. Por ello ha manifestado que “la lucha antidroga es un pretexto para reforzar la represión social”, produciendo “cuadriculaciones policiales, pero además exaltación del hombre normal, racional, consciente, adaptado²⁶.”

Desde esta perspectiva, ciertos individuos serán considerados por sus adicciones como monstruos, mientras que otros pasarán a ser vistos como enfermos. Conviene reparar, a este respecto, en cómo juzgar que ciertos drogadictos son en realidad *enfermos* es el primer paso para su aceptación en la sociedad. En cualquier caso, para Foucault, tan sólo generando un saber alternativo podemos afrontar los retos del presente. No en vano, las dife-

²¹ *Ibíd.*, p. 18.

²² *Ibíd.*, p. 28.

²³ *Ibíd.*, p. 29.

²⁴ Michel FOUCAULT, “Poder-cuerpo”, en Michel FOUCAULT, *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1980, p. 106.

²⁵ Isabel BALZA, “Tras los monstruos de la biopolítica”, *Dilemata*, 5, nº 12 (2013), pp. 30 y ss.

²⁶ Michel FOUCAULT, “Más allá del bien y del mal”, en Michel FOUCAULT, *Microfísica del poder*, p. 38.

rentes configuraciones de poder se fundan sobre otras tantas constelaciones de saber, tal como él nos ha ido mostrando desde sus primeras obras. Su conclusión viene a indicar de manera ostensible que “estamos sometidos a la producción de la verdad desde el poder y no podemos ejercitar el poder más que a través de la producción de la verdad”²⁷. Claro que esa verdad funcional, no es nunca esa verdad de otrora, que había que escribir con mayúscula.

EL MONSTRUO ENCADENADO

El manicomio y la prisión han sido los lugares de mayor relevancia, en lo que se refiere al encierro de los individuos cuya divergencia les ha hecho ser considerados con frecuencia como monstruos. Si hablamos de la prisión, institución destinada al confinamiento y reforma de los *monstruos morales*, hemos de convenir en que su “fracaso ha sido inmediato, y registrado casi al mismo tiempo que el proyecto mismo. Desde 1820 se constata que la prisión, lejos de transformar a los criminales en gente honrada, no sirve más que para fabricar nuevos criminales, o para hundirlos todavía más en la criminalidad. Entonces, como siempre, en el mecanismo del poder ha existido una utilización estratégica de lo que era inconveniente”²⁸.

En conclusión, las razones que hacen que la prisión se mantenga como forma privilegiada de castigo han de ser otras, muy alejadas de lo que pretende el discurso de la redención en su afán de justificarla²⁹. En cualquier caso, todo esto adquiere su verdadera dimensión cuando comprendemos que “el individuo es un efecto del poder, y al mismo tiempo, o justamente en la medida en que es un efecto, el elemento de conexión. El poder circula a través del individuo que ha constituido”³⁰.

La prisión representaría el punto extremo de toda una serie de instituciones normalizadoras, cuyas finalidades son legitimadas por medio de las continuas referencias a sus funciones terapéuticas. El mismo ejercicio del poder que conduce a la reclusión de ciertos individuos, es considerado como una actividad terapéutica. “El juez se presenta como terapeuta del cuerpo social, como trabajador de ‘salud pública’ en sentido amplio”³¹. En consecuencia, es la salud pública, su fundamentación y su defensa, lo que lleva a apartar al monstruo, a convertirlo en objeto de vigilancia y conocimiento.

²⁷ Michel FOUCAULT, “Curso del 14 de enero de 1976”, en Michel FOUCAULT, *Microfísica del poder*, p. 140.

²⁸ Michel FOUCAULT, “Entrevista sobre la prisión: el libro y su método”, en Michel FOUCAULT, *Microfísica del poder*, p. 90.

²⁹ Laurence OLIVIER, “Michel Foucault, éthique et politique”, en *Politique et Sociétés*, 29 (1996) pp. 47-48.

³⁰ Michel FOUCAULT, “Curso del 14 de enero de 1976”, p. 144.

³¹ Michel FOUCAULT, “La angustia de juzgar”, en M. FOUCAULT, *Saber y verdad*, p. 115.

En opinión de Foucault, “nos encontramos con tres fenómenos superpuestos que no concuerdan entre ellos: un discurso penal que pretende tratar más que castigar, un aparato penal que no cesa de castigar, una conciencia colectiva que reclama punitivos singulares e ignora lo cotidiano del castigo, que se ejerce silenciosamente en su nombre”³². Por tanto, las relaciones entre esos tres niveles –discurso, aparato penal y conciencia colectiva– distan mucho de ser armónicas. Su armonización artificiosa es el resultado de estrategias de poder específicas.

Por todo cuanto hemos comentado hasta aquí, concluye Foucault que, desde el siglo XIX, hemos entrado “en una época de ortopedia social”³³. Pero la generalización de la ortopedia social provoca, de suyo, una expansión de la monstruosidad, multiplicando el número de los individuos cuya divergencia no remite con la aplicación de ninguna prótesis moral o física.

PODERES Y RESISTENCIAS

Nos ha enseñado Foucault que “donde hay poder hay resistencia”, insistiendo además en que la resistencia “nunca está en posición de exterioridad respecto del poder”³⁴. Por tanto, la resistencia es inmanente al poder. Es generada por el funcionamiento mismo del poder. Tan sólo los hábitos sociales minimizan la generación de la resistencias o atenúan al menos sus efectos. “El hábito –nos dice Foucault– es el complemento del contrato para aquellos que no se hallan vinculados por la propiedad.

De suerte que el aparato de secuestación fija los individuos a los aparatos de producción fabricando hábitos por un juego de coerciones, aprendizajes y castigos. Este aparato debe producir un comportamiento que caracterice a los individuos, debe fabricar un nexus de hábitos por el que defina la pertenencia social de los individuos a una sociedad, es decir, fabrica algo así como la norma”³⁵.

Desde esa perspectiva, el monstruo sería también aquel que rompe el contrato social, y se resiste a asumir como propia cualquier narrativa que legitime la sumisión de la singularidad a un orden establecido que no puede ocultar su trasfondo disciplinario.

³² *Ibíd.*, p. 119.

³³ Michel FOUCAULT, *La verdad y las formas jurídicas*, Barcelona, Gedisa, 1983, p. 98.

³⁴ Michel FOUCAULT, *Historia de la sexualidad*, Madrid, Siglo XXI, 1984, vol. I, p. 115.

³⁵ Michel FOUCAULT, “El poder y la norma”, en VVAA, *Discurso, poder, sujeto*, Santiago de Compostela, Universidad de Santiago de Compostela, 1987, p. 216.

EL MONSTRUO RECUPERADO: LECTURA POSITIVA DE LA MONSTRUOSIDAD

El genio, el artista absoluto, nos proporcionaría en nuestra sociedad la imagen del monstruo asumido, de la monstruosidad integrada en el orden social. A su vez, a través de la tolerancia frente al mismo, los poderes instituidos muestran universalmente su apertura y magnanimidad. Por su parte, Foucault piensa que la ética del cuidado de sí nos conduce a ensayar una singular aproximación al artista. A su juicio, “se debería ligar el género de creación que se tiene consigo mismo con una actividad creadora que estaría en el corazón de su actividad ética”³⁶. Esta apelación a la creatividad, en relación a la propia vida, ha chocado en multitud de ocasiones con los patrones de normalidad, llevando a considerar seres monstruosos a individuos que en su existencia cotidiana manifestaban una legítima rebeldía en relación a lo establecido. De esa forma se les ha presentado como monstruos, vinculándolos a otros seres que, con toda justicia, merecen permanecer dentro de esa equívoca categoría. Si alguna conclusión podemos extraer del recorrido que hemos realizado hasta aquí, ésta es que la subjetividad no dejará de estar amenazada y, en efecto, vivirá asimismo bajo permanente amenaza todo aquel que intente hacer de su vida materia de una creación en la que lo ético y lo estético buscan una específica fusión. Por ello, pensaba Foucault que, en nuestra época, la lucha contra las distintas formas de sometimiento de la subjetividad tienen una importancia creciente, aunque sigan persistiendo, plenas de legitimidad y sentido, “las luchas contra la dominación y la explotación”³⁷.

Domingo Fernández Agis
Universidad de La Laguna
Facultad de Humanidades
Sección de Filosofía
Campus de Guajara, s/n
38071-La Laguna
dferagi@ull.edu.es

³⁶ Michel FOUCAULT, “El sexo como moral”, en Michel FOUCAULT, *Saber y verdad*, p. 194. Cfr. Judith BUTLER, *Dar cuenta de sí mismo. Violencia ética y responsabilidad*, Buenos Aires, Amorrortu, 2009, pp. 37 y ss.

³⁷ Michel FOUCAULT, “Pourquoi étudier le pouvoir : la question du sujet”, en Hubert DREYFUS – Paul RABINOW, *Michel Foucault, un parcours philosophique*, Paris, Gallimard, 1984, p. 303.

